Amira de la Rosa o la gracia indeficiente

Por GERMAN VARGAS

Con Amira de la Rosa nace, para culminar, el sainete colombiano. Su obra "Las Viudas de Zacarías", plena de gracia, es una espléndida prueba de esta afirmación. Hay en ella la vivacidad, el desenfado, la vida misma de cualquier pueblecito del Atlántico. El Arroyolimpio imaginario donde se desarrolla la comedia es uno cualquiera de nuestros pueblos del Litoral. Sus personajes — extraordinariamente logrados en su mayoría — pertenecen al censo electoral de Isabel López, de Malambo o de Candelaria.

El sainete 'Las Viudas de Zacarías', de Amira de la Rosa, tiene un primer acto estupendo, inmejorable. En él los personajes — que no son muñecos — viven y se mueven en la escena sin que haya en esta etapa inicial de la obra una falla que apuntar a la autora o a los intérpretes.

El segundo acto es el menos logrado y se resiente de cierta lentitud en el diálogo y en la acción. En el último — de regreso de una complicación sentimental un tanto prolongada — la obra vuelve a ser el graciosísimo, el excelente sainete del primero. Hay escenas realizadísimas por su mesurada dosis de humor; algunas inolvidables. En conjunto — ya lo dijimos — 'Las Viudas de Zacarías' es un gran triunfo del teatro colombiano. Tiene una ejemplar condición que hace a esta obra superior a tanto fácil y falso teatro 'popular' y comercial: su sinceridad.

Los actores? Es francamente sorprendente que se encuentre tal reunión de condiciones en la mayoría de estas muchachas y muchachos a quienes Amira de la Rosa lleva al escenario para que encarnen personajes de situación social totalmente distinta a la que ellos ostentan en la realidad.

A nuestro juicio, Victoria Clemow y Guillermo Carbonell —éste último 'debutante' — se llevan gran parte del buen éxito por sus sobrias creaciones. Ricardo Simmonds y Tica Arrieta, como Arturo de Castro y Vergara Méndez, recibieron de nuevo los aplausos que el público les otorga siempre. Ana Belisa Zabaraín, la señora de Silos, Marina Certaín, Díaz Granados, Betty Suárez, el mono Jimeno, consiguen también la simpatía de los espectadores, de modo especial las dos primeras en la escena del Velorio. De la Espriella y la señorita Borelly hacen una pareja llena de gracia ingenua, justísima. El conjunto de niños del tercer acto sorprendente por su naturalidad y su desenvoltura.

Es de doña Amira el mérito extraordinario de hacer la mejor comedia de costumbres que podemos mostrar al forastero. Ha realizado el portentoso esfuerzo de integrar un excelente grupo escénico. Debemos a su fervoroso entusiasmo el gran triunfo de su obra y de su grupo.

Barranquilla debe ver y aplaudir esta creación de Amira de la Rosa en el teatro de Bellas Artes, y después de su éxito rotundo ante las clases pudientes, Amira de la Rosa debiera llevar su obra hasta el pueblo, ya que éste, al encontrarse en ella retratado, la aplaudirá también y dará a Amira de la Rosa la consagración que merece su gracia indeficiente.

Germán VARGAS